



• DE CALLE •

AL final tenía razón la consejera de Sanidad de la Junta: resulta que los datos de los últimos días en Salamanca no son tan malos. Estamos dominando la curva, que diría el pánfilo Simón. Y bueno es que la Junta lo reconozca aflojando un poco la sogá.

Ahora el gran temor, la nube negra que asoma en el horizonte sanitario de Salamanca,

es la llegada de los universitarios en las dos próximas semanas. El aluvión de estudiantes puede provocar una nueva oleada de rebrotes, y el sistema sanitario no está para aguantar muchos más empellones.

La Universidad de Salamanca viene fomentando su atractivo en la belleza de la ciudad, el alto nivel de sus estudios y el buen ambiente para la fiesta joven. Manteniendo lo primero y reforzando lo segundo, este curso no hay lugar para lo tercero. Por el momento, y seguramente durante muchos meses, los estudiantes tendrán que acostumbrarse a celebraciones más íntimas, a tomarse unas cervezas en un bar con mascarilla y manteniendo la distancia, o a compartir un cubata en el piso, pero con un pequeño grupo de amigos y guardando la compostura.

Habrà sin duda una mayoría de chavales que respete las normas y habrá un grupo también numeroso que se las saltará a la torera, como viene siendo tradición. El botellón lleva muchos años prohibido y ha ido a más en lugar de limitarse por temor a incumplir la ley.

Las autoridades de la Junta y el Ayuntamiento deberían estar prepa-

El peligro está en los universitarios



JULIÁN BALLESTERO

rando ya un plan minucioso para impedir que los universitarios tuerzan hacia arriba la curva de contagios en la capital, ahora que empezamos a dominarla. Ayer la consejera Casado expresaba su temor a que los botellones, las fiestas en los pisos y la actividad alcohólico-nocturna en la calle pongan en peligro el precario control de la pandemia en Salamanca. Pues bien, ya que lo están

Ya que lo ven venir, no hay excusa para no preparar un plan que frene a quienes en su inconsciencia se creen inmunes

viendo venir, no hay excusa para no adelantarse a los acontecimientos y montar un dispositivo con policías locales y nacionales para frenar a quienes por creerse inmunes, por su inconsciencia o por su falta de solidaridad (o las tres cosas a la vez) están dispuestos a jugar con el virus con tal de disfrutar de la fiesta. Y no es que se no se den cuenta de que están jugado con la vida y la salud de otros muchos: es que no les importa.

No basta con pedir a los universitarios, como hizo ayer Casado de la forma más educada, que mantengan un com-

portamiento ejemplar fuera de las aulas (dentro se supone que estarán perfectamente controlados), porque el mensaje que los jóvenes entienden no es de los llamamientos públicos de las autoridades. Eso no va a frenar sus ganas de celebraciones colectivas, y ahora hay que impedir las a toda costa porque la capital se juega mucho en esa batalla.

A ese propósito contribuiría el que los chavales conocieran de antemano a lo que se exponen. Que no es solo contraer la COVID-19 y contagiar a sus amigos y familiares, sino también ser sancionados con dureza. La ley permite imponer multas de tres mil a seis cientos mil euros a quienes se salten de forma reiterada el confinamiento y pongan en peligro la salud de los demás. Habría que aprobar cuanto antes una normativa que endurezca también la organización y la participación en fiestas colectivas en las que no se respetan ni la distancia, ni la mascarilla ni el resto de recomendaciones sanitarias. Ateniéndose

al mínimo, esos tres mil euros suponen ya un buen golpe para la economía de la mayoría de los universitarios. Las autoridades deben actuar pues con la mayor celeridad para empezar a multar y al mismo tiempo deben dar suficiente publicidad a las sanciones para que sirvan de ejemplo de lo que les espera a estos jueguistas impenitentes. Tras el último 'apretón' de la Consejería y el mínimo alivio que se respira desde la noche del miércoles, no podemos perder el terreno conquistado con tanto sufrimiento por cuatro niños inconscientes.